

Francisco Jarauta: “El viaje a Siwa”

Catálogo de la exposición *Alfonso Albacete, obra gráfica, 1989-90*, Galería Estiarte, Madrid, pp. 5-8.

Documentación complementaria de la exposición [Alfonso Albacete: Asuntos internos](#) (Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, 15 febrero / 30 marzo 2014)

EL VIAJE A SIWA

Todo se orienta y define en el sentido del tiempo y ésto nos arroja a su límite, al umbral de la eternidad. Atrás quedan las campañas gloriosas, el mundo sometido, los placeres, la luz de Alejandría. El recuerdo de este tiempo domina la conciencia. Es él, Alejandro, quien ha reconciliado el día con la noche, quien conduce las constelaciones que eternamente suben y declinan, siempre dichoso, como la corona de hiedra que eligió para su frente. Su estela trae la memoria de los dioses y los idos y el mundo ha podido por fin conjurar la duda sobre el sentido de la tierra.

Pero, de improviso, como suspendiendo el tiempo, una sed de definitiva gloria álzase poderosa en su interior, transformando su orden y arrastrándolo como ciego peregrino hacia el templo de Amón. Siwa es su destino. La soledad del templo, la inquietante presencia divina, los rituales, las ofrendas, ese orden que a partir del fuego del cielo conquista la claridad de la representación y muestra el único lugar habitable. Es así que la escena se ve atravesada por el resplandor divino ante cuyo fuego arde la memoria del tiempo. Los oros rojos del alma viven del incendio del recuerdo, del abandono del tiempo de la historia y de las formas mil de la representación. Negada la historia, se ingresa en el mito y se consume la metamorfosis del nombre. Ya no Alejandro, sino hijo de Amón. Y desde este interior nuevo, sagra-

do, el templo se ilumina para anunciar este ocaso o tránsito de la patria. La nueva vida es ahora efectivamente real; lo que debía disolverse, y se ha disuelto, es ahora posible. Vive en el nuevo tiempo del nombre, en el *tempus templum* de Amón.

De esta forma, el relato de la vida se suspende, abdícase de la obsesión narrativa y se ingresa en el espacio del mito, en el que habita el héroe. Bien es cierto que el hombre soporta la plenitud divina sólo un tiempo, pero es igualmente cierto que sólo en la representación épica nos es dada la ilusión de aquella vecindad. Ya ahí, el pretexto de la historia enmudece y otra palabra, arte o música, recrea el enigma, la pregunta aquella que concita y convoca al héroe ante su propio destino.

También Gilgamesh, en compañía de Enkidu, recorrerá los frondosos parajes que conducen al Bosque de los Cedros, secreta morada de Anunnaku. Regados por el Eufrates, ocultan el enigma de la inmortalidad, al que humano alguno ha podido llegar. Quizá espera que un suficiente número de héroes, crecidos en sus cunas de bronce, sean valerosos, como acostumbran ser los celestiales, pero no, este viaje es en solitario. Ni siquiera la memoria de Ishtar podrá ayudarle ante el destino. Tan sólo el Angel, ahora serpiente, que recorre el bosque, metáfora del mundo, puede señalar el camino que necesariamente pasa por la muerte. Los barroes hierven y recrean, como en Caldea, nuevas almas del mun-

do, atravesadas ya por el sello ondulado del abrazo de la serpiente. Sabe bien Gilgamesh que la muerte es el único acto que tiene carácter a la vez único y total, el acto en el que la unilateralidad se rompe, en el que queda en suspenso la ley de sucesión. Su tiempo es todos los tiempos y sólo en él se nace. Pero no hay acceso, tan sólo exposición y la terrible sospecha de la ineficacia del riesgo y del hechizo. Será por esto que el regreso de Uruk se convierte en el más verdadero de los destinos y la contemplación de la poderosa muralla de la ciudad ocupe el resto de sus días.

Una versión sumeria nos cuenta cómo un día Gilgamesh derribó un árbol que servía de morada a una serpiente, un águila y un búho, cuya madera entregó a Inanna-Ishar para que se construyera un trono y un lecho; pero la diosa prefirió con aquella madera fabricar para Gilgamesh un tambor y su palillo. Fue ésta la causa y origen de una final conversión del héroe en artista, en poeta. Sólo en el juego libre de la música podía ahora recrear aquel tiempo de la gran sed. Y es ahí, en el espejo de la memoria, expuesto a los rayos del alba y del ocaso, donde oscila, enigmática, la figura sagrada del héroe. Es como si pastoreando ahora el país del lenguaje, pudiera nombrar lo imposible, aquello que se nos ha negado inexorablemente. Nadie sabe si es que duerme en la voz del poeta la memoria del héroe o, por el contrario, es éste el que se obstina, tras la derrota, en proclamar la necesidad de mantener el enigma. Parecería que el disfraz de

Alejandro, Gilgamesh o Jasón, sirven a **Alfonso Albacete** la oportunidad de sentarse a las puertas de una Tebas imaginaria, para formular los enigmas de siempre a nosotros, los forasteros.

FRANCISCO JARAUTA

(Texto cortesía de la Galería Nieves Fernández. Madrid)